



**JORGE
SUÁREZ-VÉLEZ**
@jorgesuarezv



Morena lleva las de ganar en 2024. Al amenazar con judicializar carpetas ficticias contra Xóchitl, sólo le restan legitimidad a una victoria probable.

Por qué tanto miedo

Desde hace rato, nuestra democracia sufre el embate de la judicialización de nuestra política, del uso de las cortes no para lo que son, un medio para impartir justicia, sino para extorsionar a contrapesos o a opositores legítimos del gobierno en turno.

AMLO lo padeció cuando Fox intentó desafortarlo. Más recientemente, los casos contra Ricardo Anaya y Eduardo Medina Mora sientan un funesto precedente. Cuando la campaña de Anaya empezaba a despegar, el gobierno de Peña inventó una acusación de enriquecimiento ilícito que se centraba en distorsionar la venta lícita de un almacén. Al candidato se le amenazó, incluso, con proceder contra su familia. Funcionó, su campaña se desplomó. Hoy seguimos pagando las consecuencias. Si bien era improbable que éste remontara la ventaja de Morena, quizá tendríamos más balance en las Cámaras, impidiendo las peores decisiones de este gobierno. Una vez pasados los comicios, Anaya fue totalmente exonerado.

A Medina Mora, ministro de la Suprema Corte, se le acusó en base a depósitos “cuantiosos” en sus cuentas personales, eventualmente reconociendo una confusión, pues los tomaron en libras esterlinas, cuando se trataba de pesos, es decir, que se exageraron los montos “sólo” 25 veces. Con ese pretexto, congelaron no sólo sus cuentas, sino todas las

de su familia, liberándolas un sábado, una vez que renunció. No hubo acusación posterior.

López Obrador necesita desafortar a la senadora Xóchitl Gálvez para que procedan los cargos que su gobierno le levantó en la FGR y en la Fiscalía de la Ciudad de México, donde Ernestina Godoy sería leal cómplice judicial de la treta política. ¿Por qué otra vez tan burda táctica?

Xóchitl es kryptonita para la narrativa que AMLO deseaba enmarcar la campaña. Él necesita ahondar la división entre los mexicanos, sabiendo que su bando es el más nutrido. Pero ella habla de un México en el cual todos cabemos, y de unirnos buscando propósitos comunes. AMLO necesita un candidato de oposición con un pasado privilegiado. Pero se topa con una mujer que vino de la pobreza, que enfrentó violencia doméstica y que se hizo sola; se topa con quien se atrevió a aspirar a más e invita a que quienes vienen de donde ella, también se atrevan. AMLO quisiera un candidato de oposición con larga carrera política, militancia en PRI o PAN y muertos en el clóset, y se topa con una mujer sin militancia, que ha votado en el Senado en forma independiente y con una reputación inusualmente limpia. AMLO quisiera un opositor que amenace con dar vuelta en U, y ella sostiene que mantendrá –y profundizará– los programas sociales, y se manifiesta tan enemiga de la pobreza como él dice serlo.

Quienes afirman que Xóchitl es el peón de la oligarquía, no la conocen; peor aún, no entienden que su meteórico despegue ha sido totalmente orgánico y que esos “oligarcas” difícilmente podrían mover la aguja como ella la ha movido. No es cosa de dinero, sino de carisma. La improvisación y frescura detrás de sus primeros actos públicos, que incluso la han llevado a cometer errores, confirman que no es instrumento de nadie.

Los instintos políticos del Presidente siempre han sido impecables. Judicializar las ficticias carpetas contra Xóchitl sería un error de proporciones épicas. No me cabe duda de que, si procede, millones saldrán a las calles. Ella no es Anaya o Medina Mora. Nada aseguraría su llegada a la Presidencia más que una acusación en la misma fiscalía de la candidata de Morena. AMLO lo sabe. Su propósito real es distraerla atacando a su familia, apagar su alegría, incrementar sus negativos. A diferencia del ataque contra Anaya, con sigilo usando a los medios, éste es frontal y obvio.

Morena tiene todas las de ganar. La popularidad de AMLO es cierta. La mayoría de los mexicanos aprueban su desempeño. 23 gobernadores de Morena operarán la elección en sus estados. Una contienda limpia le inyectaría legitimidad a una victoria de Sheinbaum. ¿Por qué tanto temor a que los ciudadanos evalúen y decidan?